¿Y si la ciencia fuera tan emocionante como un chisme?

Por Elías Pinedo Martínez

¿Sabías que la diferencia entre un investigador científico y un chismoso es, básicamente, el título?

Parece una broma, pero piénsalo: ambos seguimos la misma estructura. Cuando queremos saber la verdad de algo, observamos, preguntamos, recolectamos datos, analizamos las piezas del rompecabezas y finalmente sacamos una conclusión.

El mismo método, dos nombres distintos

Imagina que te enteras de que dos vecinos de tu barrio ya no se hablan. Lo primero que haces es observar: notas que ya no se saludan, que uno cambió de andén para no cruzarse con el otro. Después vienen las preguntas: "¿y esos qué se hicieron?", le dices a alguien de confianza. Luego llega la parte favorita de todos: la recolección de datos. Un testimonio aquí, un detalle allá, una foto que alguien mandó al grupo de WhatsApp. Con esas piezas empiezas a analizar: "un momento, esto solo tiene sentido si pasó tal cosa". Y finalmente, llegas a una conclusión: "ah, ya sé qué fue lo que pasó".

Observar. Preguntar. Recolectar datos. Analizar. Concluir.

Ese es, palabra por palabra, el método científico.

La diferencia real no está en el proceso —ahí somos todos igual de buenos—, sino en hacia dónde apuntamos esa curiosidad. La ciencia es exactamente eso: curiosidad organizada. Es la misma pasión por descubrir que ya traemos de fábrica, pero aplicada con rigor a preguntas que sí importan: por qué se inunda una calle cada vez que llueve, cómo saber si el agua del barrio es segura para beber, qué está pasando con los mosquitos del colegio, o por qué el río que le da nombre a esta ciudad se ve cada año más golpeado.

¿Por qué le tenemos tanto miedo a la ciencia, entonces?

Si todos nacemos con el instinto —el chisme lo prueba—, ¿por qué tantos estudiantes sienten que la ciencia "no es lo suyo"? Probablemente porque en algún punto del camino nos enseñaron que la ciencia es una bata blanca, un laboratorio inalcanzable y un lenguaje que solo entienden unos pocos elegidos. Eso no es ciencia: es solo su disfraz más aburrido.

La verdadera ciencia no empieza en un microscopio. Empieza exactamente donde empieza un buen chisme: con una pregunta que no te deja tranquilo hasta resolverla.

De la curiosidad a la transformación

Esa es la apuesta detrás de Despertar Científico: dejar de presentarle a los niños y jóvenes de Barranquilla la ciencia como una materia más para memorizar, y empezar a mostrarles que ya saben cómo pensar como científicos, porque llevan toda la vida haciéndolo sin saberlo.

La propuesta busca darle a esa curiosidad natural un lugar donde crecer: mentores universitarios que hablan su mismo idioma, ferias científicas que investigan problemas reales del barrio —no experimentos de libro de texto—, y un diagnóstico serio que por fin le ponga números a una pregunta que hoy nadie puede responder con certeza: ¿cuántos jóvenes de esta ciudad están perdiendo su vocación científica, y por qué?

Porque si la ciudad logra organizar esa curiosidad —si la convierte en el mismo hábito con el que ya perseguimos un buen chisme—, Barranquilla no solo va a tener mejores resultados en una prueba. Va a tener una generación completa que mira un problema de su ciudad y, en lugar de encogerse de hombros, piensa: “esto tiene que tener una explicación, y yo la voy a encontrar”.

Esa es, al final, toda la ciencia que necesitamos despertar.

Despertar Científico — Proyecto educativo distrital de Barranquilla